

PROYECTO DE DECLARACION

LA HONORABLE CÁMARA DE DIPUTADOS DE LA NACIÓN

DECLARA

Su profunda preocupación por el devastador terremoto de magnitud 8,8 en la península de Kamchatka, Federación Rusa, y las consecuentes alertas de tsunami emitidas para múltiples países con litoral sobre el océano Pacífico, incluidos Japón, Estados Unidos, Chile y Ecuador, así como por los potenciales impactos humanos, ambientales, económicos y de seguridad nuclear que este fenómeno puede acarrear.

Asimismo, expresa su solidaridad con los pueblos afectados, y exhorta a los organismos internacionales y a los Estados con capacidad de asistencia humanitaria a colaborar en la atención de las consecuencias del evento.

Firmante: Gerardo Milman.

FUNDAMENTOS

Señor Presidente:

La Honorable Cámara de Diputados de la Nación no puede permanecer indiferente ante un fenómeno sísmico de la magnitud y la peligrosidad del que ha sacudido la península de Kamchatka en la Federación Rusa el día 30 de julio de 2025. Un terremoto de 8,8 grados en la escala de Richter, con epicentro a 136 km de Petropavlovsk-Kamchatski y a tan solo 21 kilómetros de profundidad, pone de manifiesto con crudeza la vulnerabilidad de nuestras civilizaciones frente al poder inconmensurable de la naturaleza.

Este evento, considerado ya el sexto terremoto más potente jamás registrado en la historia moderna, ha despertado alertas de tsunami no sólo en Rusia y Japón, sino también en Estados Unidos, Guam, Hawái, las islas Kuriles, Hokkaido, Indonesia, Filipinas, Ecuador y Chile. En menos de una hora, regiones enteras se vieron forzadas a evacuar: una respuesta desesperada pero vital, marcada por sirenas, calles colapsadas, y la súbita comprensión de lo precario que puede tornarse todo orden humano ante una sacudida telúrica de semejante magnitud.

Las olas en algunas zonas superaron los 5 metros de altura. Localidades como Severo-Kurilsk, en la costa oriental rusa, fueron las primeras en registrar el embate del tsunami. En Japón, se evacuaron incluso trabajadores de la planta nuclear de Fukushima, lo cual remite inevitablemente a la tragedia de 2011, en la cual un sismo de 9,1 grados desencadenó uno de los mayores desastres nucleares desde Chernobyl. Una vez más, la delgada línea entre lo civilizatorio y lo catastrófico queda al descubierto.

La naturaleza sísmica de Kamchatka no es un dato menor: se trata de una región donde colisionan la placa del Pacífico y la placa de América del Norte, conformando un nodo crítico del Cinturón de Fuego del Pacífico, que concentra más del 75% de los volcanes activos del planeta y alrededor del 90% de los terremotos mundiales. De ahí que lo ocurrido sea tanto una tragedia como un síntoma: el planeta está vivo, se mueve, y nos interpela.

Pero más allá de la dimensión geológica, es indispensable asumir la profundidad política, humanitaria, económica y estratégica de un hecho de esta naturaleza. Porque si algo nos recuerda un fenómeno como este es que, más allá de las disputas geopolíticas, los Estados no son castillos aislados sino entes interdependientes, y los pueblos no son adversarios sino socios involuntarios en un destino compartido. La libertad individual, el desarrollo económico, la estabilidad política y la paz mundial dependen, en última instancia, de una comprensión común de los riesgos globales y de una voluntad real de cooperación internacional.

La alerta de tsunami no fue sólo un fenómeno físico; fue una advertencia existencial. ¿Estamos los países preparados para enfrentar en conjunto crisis que trascienden nuestras fronteras? ¿Tenemos los marcos normativos, las herramientas técnicas y la madurez institucional para proteger nuestras poblaciones en un mundo crecientemente vulnerable?

La catástrofe de Kamchatka nos obliga a repensar los sistemas de alerta temprana, los protocolos de evacuación, los planes de contingencia nuclear y las redes de respuesta humanitaria. También interpela a nuestras instituciones sobre la necesidad de invertir en ciencia y tecnología sísmica, y de desarrollar cooperación internacional efectiva en materia de resiliencia climática y gestión de desastres naturales.

En este contexto, no puede pasar desapercibido el hecho de que, en plena conmoción internacional, fue necesaria la evacuación del personal de

Fukushima, lo cual nos coloca de frente ante una verdad incómoda: la energía nuclear, sin controles estrictos y sin sistemas de resguardo robustos, puede convertirse en un multiplicador del desastre. Aún cuando no haya habido fugas ni consecuencias inmediatas, el temor latente y la evacuación preventiva son síntomas de un sistema cuya tolerancia al error es nula.

Desde una perspectiva liberal, abrazamos la libertad como motor del desarrollo humano, pero esa libertad no puede florecer en medio del caos. Para que haya libertad, debe haber seguridad, infraestructura resiliente, previsión institucional y responsabilidad internacional. Defender la libertad también es defender la vida, la propiedad, el orden jurídico y la cooperación entre naciones en contextos de emergencia.

Asimismo, desde una mirada geoestratégica, lo sucedido en Kamchatka vuelve a situar al Pacífico como eje del sistema internacional. Lo que ocurre en sus márgenes reverbera en el resto del planeta. Chile, Ecuador, Japón, Rusia, Filipinas, Alaska: todos conectados por la misma falla, por la misma incertidumbre, por el mismo océano. Esta geografía compartida impone una diplomacia sísmica, una diplomacia de la emergencia, que no admite egoísmos ni mezquindades ideológicas. En este escenario, la Argentina debe alzar la voz con claridad, madurez y responsabilidad institucional.

El impacto humano del terremoto ha sido, por fortuna, contenido hasta el momento: no se han reportado víctimas fatales, y los heridos fueron leves. Pero sería un error medir la magnitud del evento solamente por su saldo inmediato. Las consecuencias sociales, económicas y medioambientales pueden prolongarse por meses, y su verdadera dimensión aún es incierta.

Resulta entonces necesario que esta Honorable Cámara exprese su solidaridad activa, no como un acto protocolar, sino como una toma de posición ante el mundo: la República Argentina observa, comprende y responde ante las grandes tragedias que afectan a la humanidad. No somos indiferentes a la desgracia ajena. No somos neutrales ante el dolor. No somos ciegos frente a los riesgos sistémicos.

En momentos como este, es preciso superar las diferencias ideológicas y actuar desde un sentido profundo de humanidad compartida. Por ello, esta Declaración no sólo se dirige a los Estados afectados, sino también a los organismos multilaterales —como la ONU, la OEA, la Cruz Roja Internacional— a fin de que articulen esfuerzos para el envío de ayuda humanitaria, apoyo técnico, equipamiento logístico y asistencia psicológica a las poblaciones afectadas.

Señor Presidente,

El liberalismo político no es indiferencia ante el dolor. Al contrario, es reconocimiento de la dignidad humana, promoción de la libertad responsable, defensa de la propiedad y la vida. Expresamos preocupación no por protocolo, sino por convicción moral y política. Porque abrazamos las ideas de la libertad, porque creemos en el individuo como sujeto de derechos, porque entendemos que ningún ser humano debe quedar desprotegido ante el caos, ni abandonado ante lo imprevisto.

Por todo lo expuesto, solicitamos la aprobación del presente proyecto de declaración.

Firmante: Gerardo Milman.